

# EL FELIZ MUNDO DEL CONSENSO

**E**NTRE las varias formas de la utopía política, una de las más difíciles, y también de las más deseables, es la del consenso. Que haya unanimidad en el enfoque de los problemas básicos de la nación, y que todos aporten su ayuda al colectivo. Diríamos que, en una proyección ideal, cada partido tiene vocación de partido único (por las buenas, por el convencimiento de todos los ciudadanos de que sus programas y su estilo representan la solución única) y que todo político aspira a ser el "padre de la patria". No es extraño que la UCD y el señor Suárez sufran esa alucinación tan frecuente y que se les refuerce en situaciones tan espectaculares como la del final del debate del miércoles y el jueves de la semana pasada. Es frecuente oír en los más entusiastas ucedistas la declaración de que su partido va a gobernar durante veinte años más. Lo dicen con modestia y con humildad: seguramente piensan en la eternidad. La verdad es que en los días previos al debate se rumoreaban caídas y censuras: se decía que de alguna forma el Gobierno tendría que irse hacia la derecha —tesis Fraga: una composición con alguien de Alianza Popular— o que tendría que ceder hacia la otra vertiente, hacia la propuesta del señor Carrillo de la "concentración nacional" —que es un desarrollo utópico de la utopía del consenso: si hay consenso, que gobiernen todos—, o, por el contrario, que se afilaría la cuestión de la alternativa socialista. Tras el debate, ni hay coalición con la derecha, ni concentración con todos: y la alternativa se aleja un poco más. Estamos largamente condenados a la UCD y al señor Suárez.

**E**L debate, puede recordarse, fue clavado en el costado del Gobierno por una ira momentánea de los partidos representados en el Congreso. Se habla despeñado del Gobierno al que parecía ser su piedra angular, el señor Fuentes Quintana: piedra angular porque iba a ser el mago de las finanzas (otra utopía, otro milagro con el que sueñan todos los países en momentos de angustia) y porque de su estro económico, acreditado en largos años de profesorado y teoría y en la creación de una amplia red de discípulos que luego se extendió por todos los partidos y por todos los organismos. Su ga-

rantía y su proyecto habían sido la base de los acuerdos económicos de la consagración del consenso, que fue el pacto de la Moncloa. Un día desapareció del gobierno el señor Fuentes Quintana, con alguno de sus colaboradores: y ese día se encrespó el Congreso, los protagonistas del consenso —las segundas partes— se sintieron burlados o desdenados y pidieron explicaciones. Se les dieron mal y despectivamente, y emplazaron al Gobierno para una explicación mayor. En la que debía ir envuelta una declaración de gobierno y una explicación de otros temas que atañen al conjunto del complejo nacional. Con esa lentitud característica de nuestra vida política, que parece aún más lenta por la velocidad uniformemente acelerada con que se presentan los problemas y por su urgencia, se fijó el debate para la primera sesión del mes de abril. Y en ese lapso menudearon los rumores: se habló de una moción de censura, de unas exigencias de los partidos, de una necesidad urgente de remodelar el Gobierno. Parecía como si la oposición —la de derechas, la de izquierdas— fuese a ser, realmente, una oposición. Y el Congreso un congreso, el debate un debate. Cuando el 5 de abril el presi-

dente pronunció su esperado discurso, se produjo la gran decepción. No había dicho nada. Setenta minutos de vacío. Ni quedaba suficiente explicada la salida del profesor Fuentes Quintana, ni había declaración política ni declaración económica. Pronto vendrían los oradores de la oposición a rescatarlo. El más crítico, el más orgánico, el de don Felipe González, pero con la mano generosamente tendida. Matices, precisiones... pero, finalmente, el Gobierno está en las mejores condiciones para gobernar, hay varias fórmulas posibles "pero creemos que ninguna como la del marco de la política de consenso le va a permitir gobernar mejor". Santiago Carrillo: "Estamos de acuerdo con el señor Suárez en que una política de consenso o de convergencia es indispensable". Fraga, con su caja de Pandora abierta, con su catastrofismo siempre en ristre, pero matizando pronto: "En todo caso, no venimos a decirle al Gobierno que se vaya, sino que gobierne, administre, responda y se moje". Nadie había ido a decirle al Gobierno que se vaya. La sola idea pone de punta los pelos de sus señorías. El naufrago salía a flote, y no le quedaba más que encaramarse en la tabla sosteni-

